

«Las cosas
que se pierden
en la Tierra,
¿dónde van
a parar?
A la Luna.»

ITALO CALVINO



**EDITORIAL
ROSAMERÓN**

Utópicos, pioneros y lunáticos

RELATOS DE VIAJES A LA LUNA
ANTES DE JULIO VERNE

Edición de

**CARLOS GARCÍA GUAL y
DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE**

Derechos exclusivos de la presente edición en español
© 2023, editorial Rosamerón, sello de Utopías Literarias, S.L.

Primera edición: noviembre de 2023
© 2023, Carlos García Gual y David Hernández de la Fuente por la edición

Imagen de cubierta: detalles de una iluminación de la *Comedia* de Dante realizada por Giovanni di Paolo en 1444.

Imagen de interior: ilustración para la edición de 1888 de *L'Atmosphère: Météorologie Populaire* de Camille Flammarion.

ISBN (papel): 978-84-127383-2-2
ISBN (ebook): 978-84-127383-3-9
Depósito legal: B14409-2023

Diseño de la colección y del interior: J. Mauricio Restrepo
Impresión: Huertas Industrias Gráficas
Impreso en España – *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución y transformación total o parcial de esta obra por cualquier medio mecánico o electrónico, actual o futuro, sin contar con la autorización de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal).

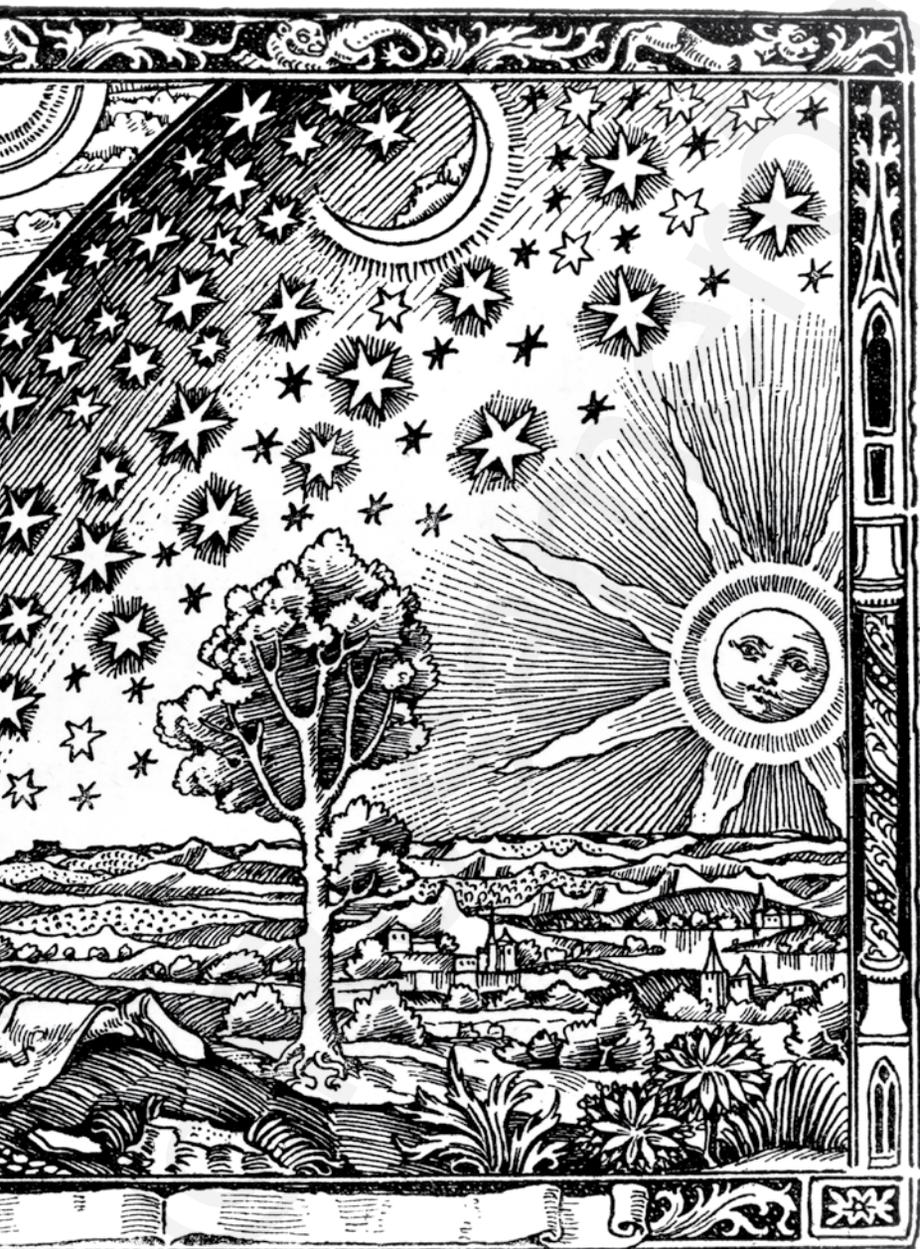
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por tanto respaldar a sus editores y a editorial Rosamerón. Te animamos a compartir tu opinión e impresiones en redes sociales; tus comentarios, estimado lector, dan sentido a nuestro trabajo y nos ayudan a implementar nuevas propuestas editoriales.

editorial@rosameron.com
www.rosameron.com

Índice

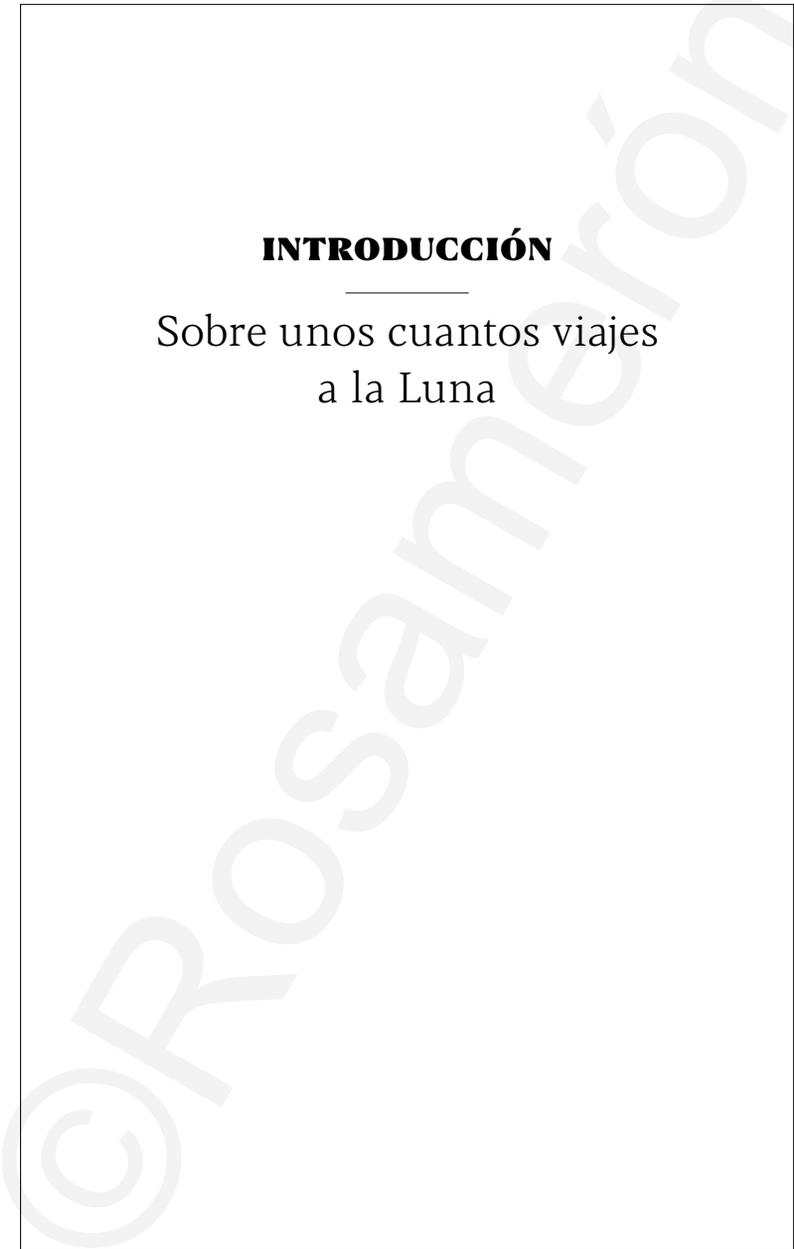
Introducción	13
Sobre unos cuantos viajes a la Luna	
Viaje a la Luna	33
Luciano de Samósata	
Aventuras de Domingo González en su extraño viaje al mundo lunar	59
Francis Godwin	
El sueño	111
Johannes Kepler	
El descubrimiento de un nuevo mundo en la Luna	143
John Wilkins	
Historia cómica de los Estados e imperios de la Luna	195
Cyrano de Bergerac	
Micromegas. Historia filosófica	317
Voltaire	
Epílogo	349
Algunas notas sobre el <i>Viaje a la Luna</i> de Luciano	
Índice de ilustraciones	367
Notas	369





INTRODUCCIÓN

Sobre unos cuantos viajes
a la Luna



¿Qué haces, luna, en el cielo? Dime, ¿qué haces
silenciosa Luna?

Surges de noche y vas
contemplando los desiertos, y luego te paras.

¿Aún no estás cansada
de recorrer los caminos del cielo?

¿Es que aún no te cansas ni te hastías
de mirar estos valles?

«CANTO NOCTURNO DE UN PASTOR ERRANTE DE ASIA»

ESTOS CONOCIDOS VERSOS de Giacomo Leopardi invocan al astro blanco radiante en la noche. Como en otros muchos poemas, el poeta solitario y melancólico canta a la Luna, compañera única de sus largas meditaciones, pero aquí pone su llamada en la boca de un pastor errante por las estepas asiáticas que, como el mismo Leopardi, interroga al callado astro por el sentido de la vida:

¿Para qué tantas estrellas?
¿Qué hace el aire infinito,
la profunda serenidad sin fin?
¿Qué significa esta
inmensa soledad? ¿Y yo qué soy?

Otros poetas románticos y también los clásicos —de cualquier tiempo, desde Safo a Li Po y García Lorca— han dirigido elogios innumerables y lamentos desesperados a la remota y esplendente Luna. El caso es que otros, más dados a la ficción narrativa que al soliloquio nocturno, acaso más frívolos, de fantasía más atrevida, han recreado a la Luna como un territorio muy apropiado para una excursión fabulosa (posible solo con la imaginación hasta hace pocos años) y se han inventado las extraordinarias aventuras de un viajero a esta y sus alrededores. Desde la Antigüedad existen eruditas especulaciones sobre las posibilidades de la versátil Luna como lugar de destino para almas o espíritus. (Valga como buen ejemplo el tratado de Plutarco «Sobre la cara visible de la Luna»).

En nuestros días, sin embargo, las conquistas espaciales han hecho perder a nuestro satélite de luz prestada el prestigio fantasmagórico con que se aureolaba en los poemas y los viajes novelescos. Ahora que ya, gracias a los progresos de la astronomía y la tecnología de los vuelos espaciales, varios astronautas provistos de escafandras y embutidos en blancos y voluminosos trajes, como aerodinámicos buzos, se han paseado por su polvorienta y desolada superficie clavando alguna que otra banderola en el polvo lunar, las

fantasías antiguas parecerían haber quedado fuera de lugar. Los vetustos y familiares fantasmas de la literatura no se encontraban allí, y no han salido al paso para dialogar con los astronautas.

Y, no obstante, a los relatos fantásticos les quedan algunas ventajas. Tienen más colorido que las exploraciones más mecánicas apadrinadas por la ciencia y ofrecen aventuras más divertidas, al menos para los frívolos aficionados a la literatura de ficción. En esos relatos, la Luna está poblada de seres pintorescos, y tiene unos decorados un tanto surrealistas. No es un astro muerto y desértico, sino un espejo curioso de la Tierra y sus conflictos. Los selenitas que encontraron Luciano y los otros viajeros pretecnológicos eran criaturas del aire que sorprendían por sus aspectos pintorescos, y con ellos a menudo se podía conversar, dado el milagroso don de múltiples lenguas no infrecuente en esos relatos fantásticos. En fin, los viajes reales a la Luna resultan bastante más aburridos que los de la vieja literatura.

En esta obra recordaremos algunos de estos relatos, comenzando por el pionero viaje que narra Luciano de Samósata en el siglo II, que incluye en sus *Relatos verídicos* una curiosa excursión a la Luna. Pero entre ese texto primero, antecedente de la ciencia ficción, y el comienzo del género en la modernidad con la famosa novela de Julio Verne *De la Tierra a la Luna* (1865), situada entre la ciencia ficción y la sátira, hay muchos viajes a la Luna que han quedado algo más oscurecidos por la fama de Verne y de las recreaciones posteriores, hasta llegar a la célebre misión del Apolo 11 en 1969.

Cómo no recordar pasajes como el ascenso a la Luna en el *Paradiso* de Dante. Pero hay más. Quizás la más rara de esas excursiones lunares sea la de un fascinante episodio del canto XXXIV del *Orlando furioso* (1515) de Ludovico Ariosto, donde se relata cómo el héroe Astolfo alunizó en un carro de fuego guiado benévolamente por san Juan Evangelista y encontró allí, en la superficie lunar, entre otras muchas cosas sorprendentes, unas redomas con el juicio que la gente ha perdido, y entre las numerosas ampollas que albergan las líquidas razones que los humanos han perdido, rescató el juicio de Orlando, cumpliendo así el objetivo que se había propuesto en su viaje estelar.

No vamos a repetir todos los pormenores de la rara y lunática excursión. Basta decir que Astolfo, montado en su raudo hipogrifo (monstruoso corcel que recuerda Calderón al iniciar *La vida es sueño*), llegó hasta la alta montaña del Paraíso, y allí fue recibido por san Juan, que le invitó a comer y luego, en un carro de fuego que ya había servido al profeta Elías para subir al cielo, lo guió hasta la misma Luna. Pero conviene citar unas líneas de Italo Calvino, excelente relator siempre, que resume muy ágilmente el episodio:

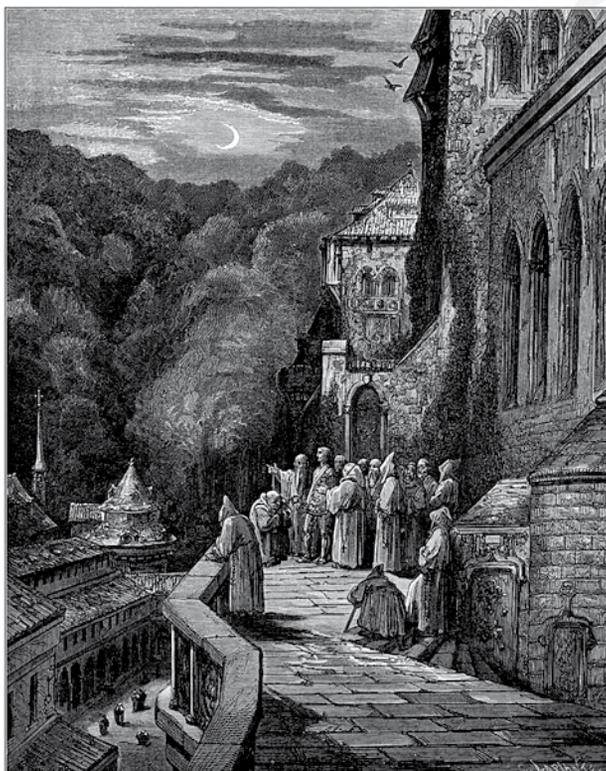
En el universo jamás se pierde nada. Las cosas que se pierden en la Tierra, ¿dónde van a parar? A la Luna. En sus blancos valles se encuentran la fama que no resiste al tiempo, las plegarias de mala fe, las lágrimas y los suspiros de los amantes, el tiempo perdido por los jugadores. Y allí, en unas ampollas selladas, se conserva el juicio de quien lo ha perdido, del todo o en parte (XXXIV 75):

Lloros, suspiros férvidos de amantes / Las horas que en los vicios se enajenan / El tiempo inútil de hombres ignorantes / Locos designios que la mente apenan / Y los vanos deseos pululantes / La mayor parte de aquel sitio llenan / En suma, todo cuanto aquí perdimos / Lo podremos hallar, si allá subimos.

Pasan (Astolfo y san Juan) la esfera de fuego sin quemarse, entran en la esfera de la Luna, de acero inmaculado. La Luna es un mundo grande como el nuestro, con mares y todo. Hay ríos, lagos, llanuras, ciudades, castillos, como entre nosotros; y, sin embargo, diferentes de los nuestros. Tierra y Luna, tal como intercambian dimensiones e imágenes, también invierten sus funciones: vista desde aquí arriba, es la Tierra la que puede decirse el mundo de la Luna; si la razón de los hombres se conserva aquí arriba, quiere decir que en la Tierra no queda sino la locura (XXXIV 83-84).

Es natural que el depósito donde se conservan las razones perdidas sea un lugar muy ordenado. Cada ampolla lleva un rótulo con un nombre. Astolfo ve con maravilla que allí arriba, a la Luna, ha ido a parar la razón de muchas personas que en la Tierra gozan de gran predicamento. Al recorrer los nombres de las ampollas (probablemente en orden alfabético) Astolfo descubre también el suyo. San Juan le da permiso para que, inhalando profundamente, recupere la cantidad de razón que le baste para hacer otras locuras.

¡Y entonces aparece el rótulo «Juicio de Orlando»! Astolfo toma la ampolla, que es más grande y pesada que las otras; ahora no tiene más que llevarla a su legítimo propietario y, quieras que no, verterle el contenido por la nariz.



Dejando a un lado este viaje tan ocasional como extravagante, enmarcado en un gran poema fantástico, intentemos subrayar algunos rasgos comunes en esta brevíssima antología desde Luciano a Voltaire. Los viajeros a la Luna encuentran allí una perspectiva sobre la Tierra, y actúan fundamentalmente como observadores de un ultramundo que en parte espejea al terrícola, pero que, a la vez, lo cuestiona. Lo más notable es que siempre pueden basar sus observaciones en sus tratos y conversaciones con los selenitas. En estas

ficciones, la Luna está poblada, y, como era de esperar, por bichos variados y tipos con figuras extravagantes. Sin embargo, no resulta difícil al viajero la comunicación con ellos. (Entre los griegos el tema de la dificultad lingüística no se presenta. Los griegos pensaban que hasta los dioses hablaban en griego. En otros casos la variedad de lenguas se resuelve de modo un tanto mágico). No hay tampoco problemas de movilidad ni de respiración en la atmósfera lunar. Los antiguos eran ingenuos y tampoco trataban, en estos casos, de atender a detalles realistas. El mundo de la Luna es igual al de la Tierra en sus factores ambientales, aunque sus habitantes sean algo diversos de los terrígenos. La Luna repite las condiciones atmosféricas de nuestro planeta y desde la Luna la Tierra se deja ver como otra Luna. No hay, pues, problemas para el paseo lunar.

En el caso de Luciano, aunque entre los monstruos que pueblan los espacios lunares y estelares haya especies de bichos de muy raras formas, el viajero no tiene ningún problema para entenderse con los selenitas. Se dedican, habitualmente, a lo mismo que los griegos y los bárbaros: a guerrear los unos contra los otros, aunque tengan sus extraños hábitos y vestidos pintorescos. Persiste un poso mitológico en esa representación carnavalesca: Endimión, el rey de la Luna, es el amado de Selene, y Faetonte, el hijo de Helios.

Toda la narración de Luciano es, como él declara, una burla de los relatos fabulosos, y así no es extraño que con el mismo barco con que ha volado a la Luna visite el País de los Bienaventurados, una especie de celeste paraíso, un Elíseo mucho mejor que el Hades infernal, donde se puede

banquetear a placer y charlar con los más ilustres muertos de siglos atrás. Lo maravilloso se codea con lo mítico. Luciano no se preocupa por justificar ni su medio de viaje: basta un barco corriente y un viento algo extraordinario para surcar casi infinitos espacios. No tiene ninguna preocupación por dar verosimilitud a ningún detalle en esta parodia disparatada de otros relatos de aventuras viajeras.

Otros viajeros más modernos se preocupan por usar un medio de transporte más sofisticado: ya sea un carro tirado por una bandada de gansos (que puede recordarnos tal vez cómo Alejandro Magno, en un relato mítico, subió al cielo en un carro tirado por unos grifos), o bien en una especie de globo, como hace Cyrano. Los escritores modernos aluden además a algunas teorías astronómicas, de Copérnico y otros, aunque sea brevemente y un tanto de pasada. En ese sentido están más próximos a los relatos de la ciencia ficción. En Luciano tenemos una ficción que no tiene ni ciencia ni mecánica.

Pero hay otro detalle tal vez más importante que diferencia el texto lucianesco —al que todos los posteriores deben cierto impulso narrativo, aunque no lo nombren— de otros. Cyrano aporta una perspectiva nueva, que de algún modo está anticipada en el relato de Godwin, al representar el mundo de los selenitas no solo como novedoso, no solo en sus apariencias externas, sino sorprendente en su manera de pensar la realidad. Aquí se abre una ventana a otra visión del mundo, a la sátira y la crítica de los hábitos y los juicios y prejuicios terrestres; es decir, a los de la sociedad y la época del escritor. En la Luna se vive y piensa de otra

manera en muchos aspectos, pero persisten también allí vicios muy semejantes y censuras parecidas a las que encontramos aquí. Aquí se perfila una cierta conexión entre la sociedad de la Luna y los paisajes de Utopía, aunque sea todavía un mero esbozo en Godwin.

El mismo año que el libro de este, 1638, apareció el de su compatriota y colega episcopal John Wilkins, que era, al parecer, una persona de talante distinto. Menos aficionado a las novelorías, pero más erudito, y muy interesado en los proyectos para navegar por el espacio, el obispo Wilkins se plantea con notoria seriedad y buen acopio de citas de autoridades bíblicas y no bíblicas, antiguas y modernas, siempre respetables (no deja de ser curioso que cite a Plutarco, pero no a Luciano), la cuestión de si habrá habitantes de los astros, lo que le parece deseable y probable en un futuro, dados los avances de la ciencia, y si se podrá comerciar con ellos, un detalle práctico que nos parece una buena muestra de la mentalidad británica de la época. (No se plantea, como tal vez habría hecho un obispo español, el tema de la conversión y conquista de los selenitas, a mayor gloria de Dios y de su nación). Al final de su segundo ensayo, recuerda «el placer y el provecho de los últimos descubrimientos en América», algo que podría multiplicarse en las exploraciones de tierras y pueblos de la Luna, e incluso más allá.

Luego hay otro tipo de viajes a la Luna de índole utópica o moral, con el matiz de fantasía onírica que les otorga el haber sido soñados. Así, desde el Renacimiento tenemos el *Sueño* (1541) del humanista español Juan Maldonado, que cuenta el sueño de un viaje a la Luna en latín, a imitación

del clásico *Somnium Scipionis*. Maldonado, discípulo de Nebrija, sueña cómo se le aparece una difunta que le ofrece un viaje fantástico por las estrellas hacia la Luna, cuyo rostro, con facciones humanas, es habitable para los visitantes terrestres. El periplo lunar es utópico y sirve de comparación con la corrupta sociedad terrestre, pues allí «no existe la avaricia ni la lujuria, y la palabra tiene el mayor valor. No conocen la mentira».

A veces estos viajes a la Luna oníricos se producen a instancias de fuerzas mágicas o demoníacas. Así, corría por Castilla la leyenda del mago Eugenio de Torralba, quien, según una historia publicada en 1566, habría logrado emprender un viaje estelar llevado por un demonio que le ayuda con drogas poderosas. La curiosa figura de Torralba, que fue llevado a proceso por la Inquisición para abjurar de sus brujerías, la trata Julio Caro Baroja en *Vidas mágicas e Inquisición* (1992). Y muy a propósito recuerda su caso Don Quijote, en su paródico viaje espacial a lomos del caballo Clavileño, para prevenir al desconfiado Sancho de que no se quite la venda para no fastidiar el hechizo aéreo:

No hagas tal —respondió Don Quijote— y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba, a quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó a Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vio todo el fracaso y asalto y muerte de Borbón, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dio cuenta de todo lo que había visto; el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire le mandó el

diablo que abriese los ojos y los abrió, y se vio tan cerca, a su parecer, del cuerpo de la Luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar a la tierra por no desvanecerse (II, 41).

Años después, Kepler retoma este viaje estelar llevado por los demonios y las sustancias mágicas, de clara rai-gambre en el cuento maravilloso, imitando por un lado el sueño lunar de Maldonado y por otro los medios brujeriles, pero con la aparición de la pujante ciencia astronómica, en un curioso texto que va trocando lo moral por lo científico. Pero su trasfondo es mágico. El argumento de *El sueño o La astronomía de la Luna* de Kepler es el siguiente: Kepler lee la biografía de un mago, se queda dormido y comienza un sueño en el que se ve leyendo de nuevo, pero esta vez la historia de un joven islandés que se convierte en alumno del célebre astrónomo y alquimista Tycho Brahe. A su regreso a Islandia y gracias a las artes mágicas de su madre, el joven consigue que un demonio le hable de los paisajes que hay en el país lunar de Levania, con sus dos hemisferios y sus curiosidades botánicas y zoológicas, en lo que para Carl Sagan o Isaac Asimov fue uno de los antecedentes más curiosos de la ciencia ficción de uno de los primeros astrónomos modernos. Kepler forma parte de la selección de textos barrocos que aparecen en esta antología; todos ellos con una acertada combinación de ciencia, moralismo y sátira social. Ahí están los viajes relatados por Kepler (1634), Godwin (1638), Wilkins (1638) y Cyrano de Bergerac (1657).

Con Cyrano de Bergerac damos un notable paso adelante, en lo fabuloso y lo literario. Se trata de un pensador de enorme fantasía y fino humorismo, tan diestro con la pluma como lo fuera con la espada. Imitador de Luciano, discípulo de Gassendi, algo epicúreo y muy escéptico, amigo de novelarías, lector de los antiguos y a la vez hombre muy de su tiempo, amante de la libertad de pensamiento hasta extremos un tanto peligrosos, es un fabulador desenfrenado. Hay bastante de utópico en sus textos, tanto en el *Viaje a la Luna* como en su continuación *El viaje a los Estados del Sol* (que hace acompañado por el famoso utopista Campanella), pero ciertamente no pretende escribir una utopía, sino una sátira funambulesca. Los proyectos utópicos suelen requerir cierto reglamento y una programada legislación, y eso no va en consonancia con la fantasía desaforada del bizarro espadachín gascón. Quedan varios ecos de la fantasía lucianesca en Cyrano, y sus selenitas tienen rasgos externos tan sorprendentes como los que relataba el viajero griego, pero además hay muchas referencias críticas a su propio mundo, y a la ciencia de su tiempo. Su sátira es, a la vez, intelectual y moral.

Citaremos algunas líneas que le dedica a este libro Raymond Trousson en su *Historia de la literatura utópica*:

En la *Histoire comique des États et Empires de la Lune* (1657), Cyrano, elevado a los aires por cohetes, descubre el Paraíso en nuestro satélite. Los lunáticos tienen dos lenguas; los nobles se expresan mediante sonidos musicales, el pueblo mediante meneos del

cuerpo; se alimentan con el humo de los platos y pagan la cuenta con poemas; los jóvenes gobiernan y los ancianos obedecen; tienen ciudades móviles y libros que hablan, etc. Ya no queda gran cosa de utópico en esa fantasía brillante y de tono irónico casi volteriano, simple pretexto para exponer, como en las obras de Godwin y Wilkins, teorías científicas avanzadas.

Y no solo aprovecha las licencias del viaje fantástico para exponer modernas discusiones y teorías científicas, sino también algunas ideas filosóficas que de seguro podrían suscitar la censura inquisitorial. Están en boga entre los selenitas, por lo visto, con ligeros retoques, algunas tesis epicúreas, tanto con respecto al alma y al placer como a la infinitud de los mundos.

En su novela sobre el otro mundo lunar, que se publicó póstuma en 1657, Cyrano ridiculiza la censura inquisitorial y la postura dogmática de la Iglesia, enfrentada a algunas modernas investigaciones científicas. Parodiando la situación de su entorno, ofrece una imagen de la Luna donde impera también el dogmatismo más necio. También allí los sacerdotes obligan a proclamar las «verdades» oficiales. Y el viajero se ve obligado a declarar, bajo crueles amenazas, por todas las esquinas que «la Luna no es la Luna, sino el mundo, y que el mundo que desde allí se ve no es la Tierra, sino la Luna». La sociedad de los lunáticos espejea en sus hábitos dogmáticos la estructura de la sociedad intolerante terrestre —la de la Francia de Mazarino— en que vivió Cyrano.

A comienzos del siglo XVII, Galileo había confirmado y precisado la teoría heliocéntrica de Copérnico. Y esto le valió un triste proceso inquisitorial. El astrónomo tuvo que retractarse en 1632 y sus obras pasaron al *Índice de libros prohibidos* por la Iglesia (la prohibición se levantaría bastante tarde, en 1835). La infinitud del mundo y la existencia de mundos infinitos había sido profesada por Giordano Bruno, que, como se sabe, acabó sus días en la hoguera. En los *Entretiens sur la pluralité des mondes* (1686) de Fontenelle, una serie de conversaciones entre un filósofo y una marquesa que contemplan el firmamento por las noches, se desarrolla esta idea, el modelo heliocéntrico y la posibilidad de vida extraterrestre, sobre todo en dos capítulos sobre la Luna («Que la Lune est une Terre habitée» y «Particularités du Monde de la Lune»). Tampoco escapó de la censura eclesiástica y la obra acabó incluida en el *Índice* en 1687.

Treinta años antes, en su viaje a los ámbitos lunares y solares, Cyrano discute con los filósofos de allí arriba sobre estos candentes y peligrosos temas. Le acompaña el demonio de Sócrates, un espíritu de ambiguo prestigio, desde luego. (En la segunda parte de sus viajes, Cyrano, de vuelta en la Tierra, y cuando se difunden sus relatos, se ve perseguido por la superstición popular, que le cree un brujo). La teoría de que el hombre es el rey de la creación, la culminación del proceso histórico, se ve ridiculizada en medio de la pluralidad de mundos y de culturas. En la Luna, ese otro mundo que a la vez espeja los errores del nuestro, el viajero Cyrano y el español que por allí alunizó algo antes son

considerados como unos bichos pintorescos, una especie de monos o animales de feria. (Ya aquí parece anunciarse el mundo de Gulliver y de los cuentos de Voltaire). El demonio socrático mantiene, como de propina, unas inquietantes tesis que ponen en duda el parentesco del ser humano y el divino. En fin, toda la jactancia humana sobre la posición central del hombre en el cosmos y su divina filiación quedan en entredicho en las discusiones lunares de esta desconcertante sátira, de tonos muy actuales.

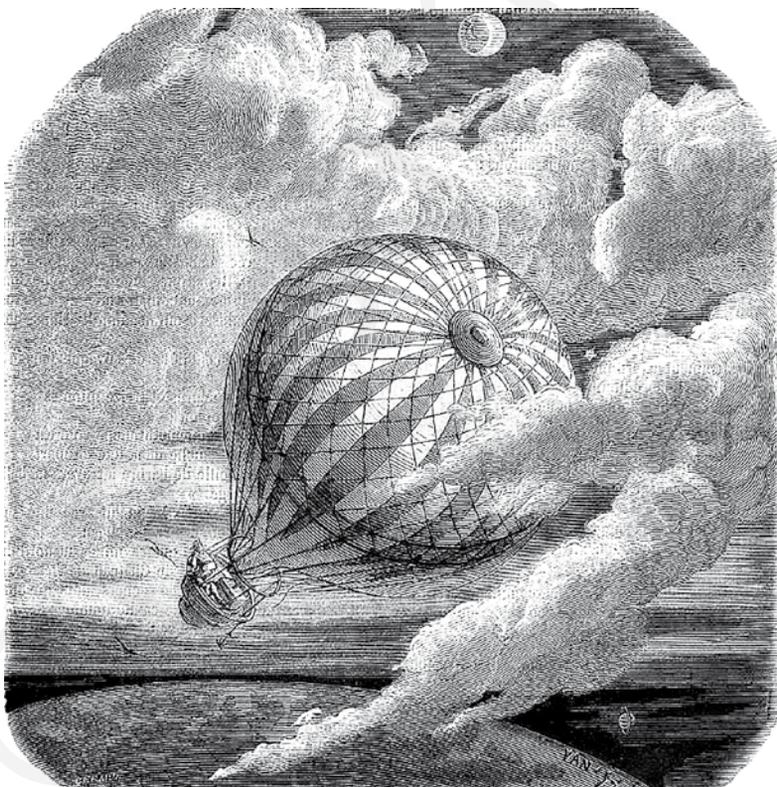
Insistimos en que Cyrano no pretende ofrecer la imagen de una sociedad utópica, más o menos feliz, en ese «otro mundo» de la sociedad lunar, en algunos aspectos exótico y divertido mundo al revés, pero en otros una ácida caricatura de la dogmática y represiva sociedad de su entorno terrestre. El viaje a la Luna aquí mezcla la crítica del presente con un cierto afán de evasión, aunque esta sea solo posible en lo imaginario, en un mundo maravilloso.

La utopía y la pasión por la ciencia se confunden a menudo en los viajes a la Luna con la sátira política, social y de costumbres: así se ve en la novela satírica de Daniel Defoe de 1705 *The Consolidator*, que parodia el parlamentarismo británico y describe un viaje entre China y la Luna en un carro alado, declarándose deudor del obispo Wilkins. También sigue esos derroteros *La aventura incomparable de un tal Hans Pfaall* (1835), novela corta de Edgar Allan Poe, sobre un sinvergüenza que consigue hacerse un globo gigante que le permite viajar desde Róterdam a la Luna y contemplar el panorama de la Tierra desde el espacio. A su regreso, Pfaall usa la información obtenida sobre el satélite y

30 | UTÓPICOS, PIONEROS Y LUNÁTICOS

sus habitantes para conseguir el perdón de las autoridades por sus muchos delitos. Entre los simpáticos caraduras que viajan a la Luna en la literatura, cómo no acordarse de *Las aventuras del barón Münchhausen* (1786), que incluye dos viajes del barón a la Luna, con una descripción de su flora y fauna¹.

Solo unas palabras sobre el cuento de Voltaire *Micromegas*, que recogemos en la antología. No hay aquí ningún viaje a la Luna, sino un ameno y sorprendente coloquio de



dos gigantes de más allá de la Luna, uno de Sirio y otro de Saturno, que acuden a visitar la Tierra, un planeta de muy pequeñas dimensiones para ellos. Voltaire escribe bastantes años después de que Jonathan Swift hubiera publicado sus *Viajes de Gulliver*, de modo que puede divertirse con un amplio repertorio intertextual de criaturas fabulosas y motivos satíricos. Desde su perspectiva macrocósmica, los dos colosales turistas interplanetarios que protagonizan la narración volteriana dialogan, a la manera de filósofos de ilustrados modales, sobre los extraños habitantes, los humanos, para ellos casi microscópicos, pobladores inquietos de un insignificante astro. Desde esa mirada extraterrestre las belicosas empresas y afanes de los humanos parecen ridículos. He aquí, en esta fina parodia, una sátira de extremado humorismo que ridiculiza la pretensión de considerar al hombre y la Tierra como centro del universo. Al viejo Luciano, tan aficionado a los coloquios disparatados y surrealistas, y a los juegos literarios intertextuales, seguramente le habría encantado.

